

COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Amigos hemos llegado al vigésimo séptimo domingo del Tiempo Ordinario. En este ciclo de lecturas dominicales C, la Iglesia nos propone para la reflexión al Profeta Habacuc en dos trocitos de los capítulos 1 y 2, una parte del primer capítulo de la segunda carta del Apóstol Pablo a Timoteo, y pasamos a leer el capítulo 17 de evangelio según San Lucas. El Salmo Responsorial de este domingo es el 94, al que se responde: "Escucharemos tu voz, Señor".

El profetismo en la historia de Israel tiene una configuración que dista mucho de lo que nosotros consideramos profeta, ya que en nuestros días se puede pensar en una persona que busca adivinar el futuro, predecir lo que acontecerá, y se ha hecho famosa una frase, "profetas del desastre", para indicar a aquellos que anuncian desgracias, catástrofes o convulsiones sociales. Y la verdad es que esta concepción está muy lejos de lo que fue el profetismo en Israel. En primer lugar, el profeta era un elegido de Dios, hombre religioso, temeroso del Señor, y con reservas sobre su idoneidad para el ejercicio de la función, como lo vemos en el llamado de muchos de ellos, que dicen ser muy niños, o no saber hablar, o ser de labios impuros. Pero a todos Dios les da su fuerza y con su espíritu les impulsa para que vayan a su pueblo y anuncien su palabra, y denuncien los males que hace la gente. Sólo que al anunciar los males de la gente se ganaban el desprecio, el rechazo, pero Dios siempre les sostenía. Y esos profetas se convertían también en intermediarios ante Dios, como es el caso que presenta Habacuc. Este profeta vivió unos 600 años antes de Cristo, y se hace vocero de las calamidades que está sufriendo el pueblo, y cómo este pueblo le pide a Dios su intervención. Es impresionante la frase que escribe, "¿hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches?", que es un grito en el desespero. Pero el Profeta recibe de Dios el consuelo y le pide que transmita a su pueblo la confianza en que actuará, en que la salvación llegará. Y el trabajo entonces es el de mantener la confianza y ayudar al pueblo a no perder la fe, que las circunstancias parecen arrebatarle.

La situación de agobio que se nos muestra en la primera lectura, creo que muchos la hemos vivido en algún momento de nuestra vida. Cuando las cosas parece que no nos salen bien, cuando tenemos dificultades en la familia, en el trabajo, cuando perdemos la confianza en los amigos o vecinos, es decir, tantas circunstancias que nos pueden hacer sentir como ese pueblo que clama a través de la boca del Profeta Habacuc. Y la respuesta de Dios la encontramos en las dos lecturas siguientes, en el evangelio donde Jesús nos reclama al menos un poco de fe, como un granito de mostaza, y en la exhortación de Pablo a Timoteo que le pide avivar el fuego que recibió con la imposición de sus manos. Los discípulos le piden a Jesús que les aumente la fe, y Jesús les dice que todavía su fe es minúscula, que deben abrir su corazón para que este regalo de la fe pueda encenderse en ellos, y llevarles a hacer milagros, como el pedir a una mata que se cambie de lugar y lo haría. Es una expresión gráfica que Jesús utiliza para indicar a sus seguidores que el camino de su seguimiento es un constante crecer en la confianza en Dios, la fe, en creer verdaderamente en su palabra, en tener la certeza total de su poder como Dios. Sin

esa convicción, como no la tenían en ese momento sus discípulos, no es posible ni hacer ni ver los milagros de la fe. Y puede ser nuestra condición, ya que somos bautizados, tal vez hemos recibido el resto de los sacramentos, pero la fe se ha quedado como la de un niño, una fe infantil.

San Pablo, exhortando a Timoteo, nos pide a nosotros que reavivemos esa fe recibida, por imposición de las manos, por el derramamiento del agua y del aceite en nuestras cabezas, por la eucaristía que recibimos cuando vamos a misa. Por que la semilla ya está en nuestra vida, en nuestro ser. Somos nosotros los que tenemos que abrir el corazón para que la fuerza del Espíritu penetre hasta lo profundo de nuestra alma, y así, poco a poco esa fe minúscula pueda crecer hasta hacernos hombres y mujeres santos, que es lo que quiere Dios.

Te invito, hermano, hermana que me escuchas a que, como Timoteo, reavives en tu ser el fuego de la gracia recibida, y sobre todo a que tengas la firme convicción que el espíritu que te mueve no es de cobardes, sino que es un espíritu de energía, amor y buen juicio.

Fuente: Radio vaticano. (con permiso)